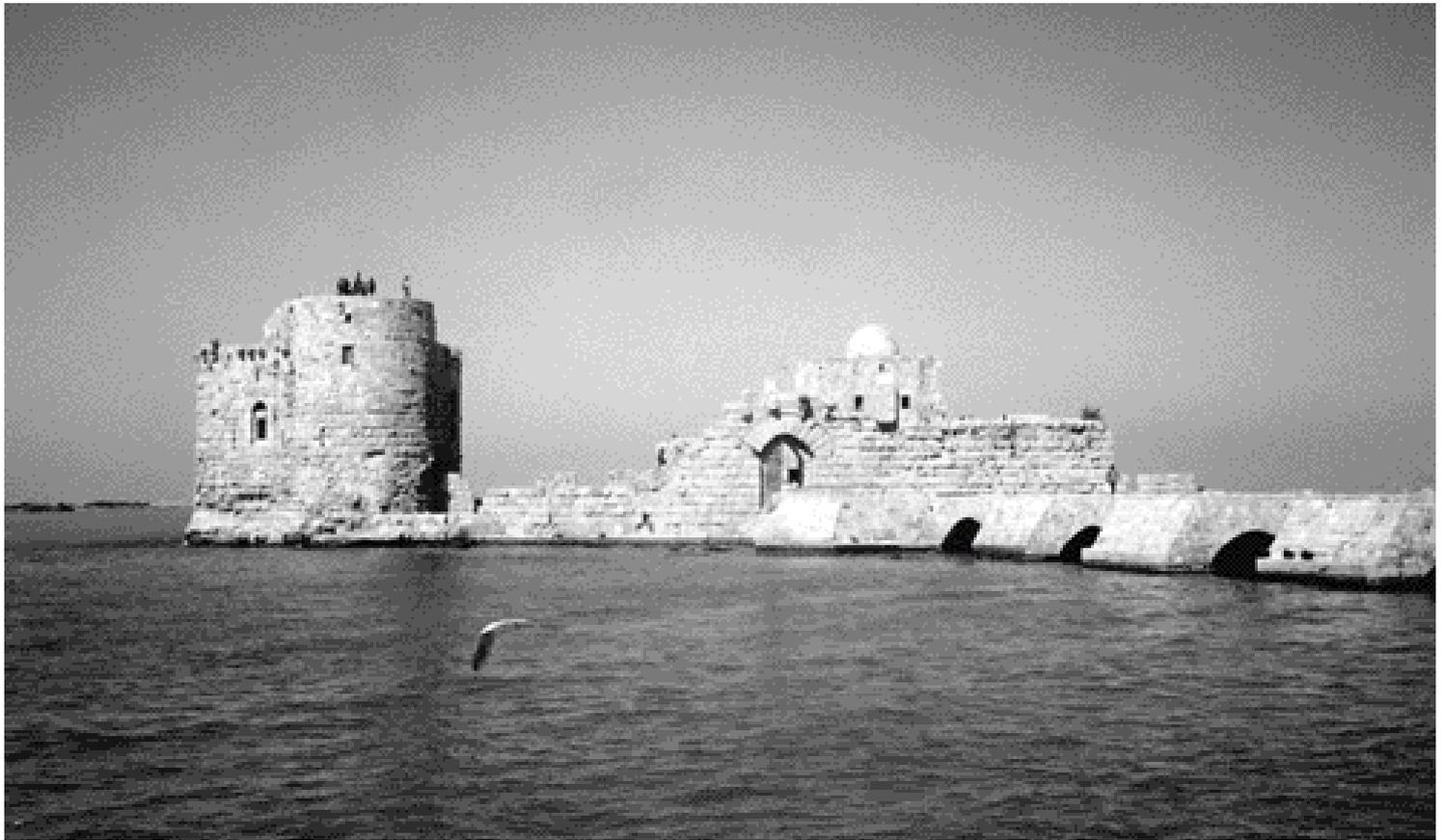


# Carlos Martínez Assad: *En el verano, la tierra*

Rodrigo Cánovas



Ciudad de Sayda, antigua Sidón

La extraña y sugerente novela *En el verano, la tierra*, de Carlos Martínez Assad se propone como un viaje de derroteros múltiples, un periplo que marca el ansia de pertenencia familiar y mítica, religiosa y étnica que se siente cuando nuestros padres o abuelos han sido figuras inmigrantes. En el caso de la novela es la nostalgia ancestral que siente un intelectual mexicano por sus raíces libanesas que lo lleva a emprender una visita a Líbano (en plena Guerra Civil a mediados de 1975). Este viaje se intersecta en el relato con la partida del abuelo y su familia hacia América a comienzos del siglo XX. Pues viene huyendo de guerras locales y de las persecuciones religiosas. Narra su instalación en el

poblado de Huejutla y de cómo vivió los alzamientos y cómo le afectaron los hechos y consecuencias de la Revolución Mexicana, hasta el casamiento de su hija con un funcionario público mexicano (padre, asumimos, del que en la actualidad regresa en busca de un espacio de trascendencia).

Así, la novela se genera desde el montaje de dos voces. Un relato es el del nieto: un hombre maduro, que quiere retroceder hacia la infancia de la Humanidad, lugar prístino, especie de diario de viajes donde el personaje va anotando sus impresiones de los lugares visitados en Siria aterrizan en Damasco. Y luego viajan en Líbano por tierra, en taxis y autobuses y de regreso, pa-

san por Jordania. Y el otro relato es del abuelo, voz de muchos registros: es familiar y local, cuando nos cuenta su vida de inmigrante pero es comunitaria cuando va narrando historias que en su conjunto conforma una matriz histórica y mítica del Líbano, desde el Génesis.

Relato latinoamericano de almas migrantes, la historia comienza en la Ciudad Luz con un paseante que divaga por los puentes de París, acaso en busca de una Maga que le señale el sendero de regreso que retumba en su mente colmada de la voz cariñosa y nostálgica del abuelo. Y la encuentra: es Alina, joven mujer que es hija de una mujer libanesa (cuya familia emigra a Francia en 1948) y de un hom-

bre francés. Muerta su madre y el padre vuelto a casar, se reúne cotidianamente con jóvenes de la organización universitaria libanesa. En clave alegórica, Alina ha seguido los destinos de su nación, atraída y apartada por el colonialismo francés. La joven tiene planeado un viaje a Líbano y José, el joven mexicano de ancestros libaneses, aprovecha ese impulso femenino (más cerca del corazón de cedro) y la acompaña. Romance en ciernes, utopías de cambio para un país milenario que en ese verano europeo sufre una guerra civil; coartada para un latinoamericano en París, cuyo viaje al Próximo Oriente le permite descentrar y destrabar su historia familiar (y de paso, otear la cultura occidental desde un mirador oriental); utopía de la comunicación (diálogo entre diversos credos y culturas) que se explorará en este viaje y que sólo encontrará eco en el registro de mini-historias (puestas en boca del abuelo) que vuelven a levantar las ciudades milenarias y los relatos históricos y legendarios que la componen.

Si con Cortázar ya nos habíamos acostumbrado a recorrer el casco antiguo de París, que desembocaba en los márgenes de Buenos Aires, sin solución de continuidad, si con él esbozábamos una mandala que se difuminaba; con Martínez Assad, esta mandala se desplaza hacia la región de Levante, abriendo la interrogante sobre la identidad latinoamericana hacia los flujos culturales excéntricos que la constituyen. Así, el Club de la Serpiente rayueliano, que reúne a un grupo de artistas diletantes en torno al *jazz*, que conforman una suerte de comunidad angélica en busca de la trascendencia, es sustituido aquí por una Organización de Jóvenes Libaneses que sueñan con cambiar el rumbo de su país. A la enciclopedia francesa de Cortázar con las citas surrealistas y las aperturas orientalistas del pensamiento binario occidental, le corresponde aquí una enciclopedia sobre las ciudades antiguas orientales, soportes de la *Biblia*; amén de autores de otras culturas (Omar Khayyám, Amin Maalouf) y una serie de cuentos y fábulas que aseguran la otredad para cualquier lector latinoamericano. La mandala de la novela mexicana dibuja una cartografía fenicia que incluye los primeros días de la

Creación, el despliegue y las transformaciones de la sociedad occidental; pero también una suerte de Apocalipsis actual, que el protagonista quisiera tocar, porque su visión de la guerra, la pobreza y la decadencia de los grandes templos le permitirá situar y fijar en la memoria, por contraste, el relato de Líbano, su relato familiar, mítico e histórico.

En realidad, el mandato del viaje de regreso inaugura el texto: “¡Ve a Líbano!, El Blet, mi tierra”, son las palabras del abuelo, acaso postreras. Cita mejicana del viaje al país de los muertos que emprende Juan Preciado, cumpliendo con el mandato materno para que ubique a su padre y le cobre caro el abandono. En el abuelo, por cierto, no hay resentimiento; sólo lo anima el deseo de reconocimiento y la continuidad de su estirpe. El llamado tiene además una connotación bíblica, de huida y búsqueda. El nieto viaja para resarcirse de la pérdida de los mayores; pero siniestramente, descubrirá el páramo. Las nostalgias del abuelo (el mundo antiguo deslumbrante que atrae) generan un nuevo nacimiento en el nieto. No obstante, a la luz del espectáculo deprimente de pobreza y caos, es un nacimiento depresivo, pues debe hacerse cargo de las razones de la inmigración familiar y del destino incierto del pueblo libanés.

Como se ve, esta novela está emparejada con la tradición reciente del relato hispanoamericano que se interroga sobre nuestra identidad. La singularidad es que el espacio geográfico y mental no es la selva amazónica (como en esa vuelta a los orígenes desde la ciudad de cemento, en el inolvidable personaje de Carpentier) o un poblado remoto o villa que surge en el taller de escritura y en los sueños (José Arcadio escucha en un sueño el nombre de Macondo, dictado por los dioses; Brausen inventa la localidad de Santa María y luego desaparece en ella) o un espacio de extramuros, con el santo y seña de Caronte (“Luvina” de Rulfo, “El Olivo” de Donoso). Es Líbano y sus países vecinos la denominada Gran Siria en tiempos recientes del imperio otomano. Si en Cortázar y Carpentier la identidad surge desde un diálogo de seducción y eclipse entre la tradición francesa y la americana, en Martínez



Beirut, Líbano

Assad, lo mexicano sufre un aditamento, una extensión metonímica, situándolo frente a la grandiosidad y descalabro de Levante. Es un modo de vivir lo americano como otredad, revés de la copia y la subordinación, más allá del encanto que ello signifique la Ciudad Luz, Manhattan e incluso, la Madre Patria.

La disposición de las partes y capítulos planta mínimos enigmas. Examinemos la parte primera. Desde el nieto, se inicia en París, en noviembre de 1974, culminando con el vuelo tomado en Orly el 7 de julio de 1975, hacia Damasco (vía más segura que la de Beirut). En ese tiempo muerto que es el verano parisino, José emprende una especie de fuga de lo cotidiano (¿habrá algo así como una huida hacia los orígenes, una estampida?), un regreso a lo reprimido, acompañado y guiado (casi con una venda en los ojos) por un alma voluntariosa y etérea, Alina. La voz del nieto se alterna con la del abuelo, el inmigrante libanés en tierras mexicanas, que de modo sucinto expone los avatares de su salida del país junto a su esposa e hijos, otorga datos geográficos (del Pequeño Líbano durante la ocupación otomana), religiosos (los maronitas) e históricos (los fenicios) sobre su identidad libanesa, y —ocupando un espacio mayor en su relato— cuenta sin grandes aspavientos las miserias y

felicidades de su vida mexicana, hasta el casamiento de su hija, que marcaría un nuevo corte (una segunda entrada a México, hecha por sus progenitores, y una nueva salida del origen), inaugurando en él el tiempo de la memoria.

Ya en esta primera parte, desde el abuelo, se realiza una celebración del pasado prestigioso de Líbano, presentado como matriz de la cultura de Occidente. Voz, por cierto, nostálgica, que los configure como un Edén: “Nunca habrás visto una tierra más hermosa, ni probado frutas más dulces. México es un país pródigo, pero Líbano es como el Paraíso”. Voz también didáctica, que pretende educar a los americanos (la escucha del nieto se amplía el eco de la escritura rememorativa) sobre otros usos y costumbres. Pequeño Libro de Oro, en especial porque más adelante (en la parte segunda) sus páginas incluyen pequeños relatos coloridos y de hálito mágico que sostienen en el ámbito de la familia un legado milenario.

Contemplamos la historia mexicana del primer tercio del siglo xx (la Decena Trágica, los cristeros, los primeros años del presidente Cárdenas) desde la mirada de un inmigrante libanés, que echa raíces en el pueblo de Huejutla (en la región de Hidalgo), construyendo su casa en una explanada frente a la catedral, dedicándose al comercio (tiene su tienda, que abastece

con productos conseguidos en la capital y a través de la red de amistades árabes, practicando la venta por abono). Se exhibe la historia mexicana desde la perspectiva del abono, de un inmigrante que inserta lateralmente en la vorágine de los hechos: es la mirada local, desde la tienda, el grupo familiar y el enclave de pequeños comerciantes árabes que les dan noticias de los eventos en la capital. Espíritu práctico y de gran inventiva, sostenido por la necesidad y la sobrevivencia. Así, el abuelo José rescata este pensamiento: “Un amigo nos contó que había seguido a las tropas de Francisco Villa y éste les decía a sus soldados: ‘Respeten a los aboneros libaneses porque son una buena ayuda para poder cambiarnos de trapos de vez en cuando’”. Cumplen entonces una función en esa encrucijada histórica, que a nivel simbólico significa humanizar la contienda.

Cual sino, sin embargo, las guerras y persecuciones religiosas (en la raíz de su expulsión del origen) también lo dañan aquí, con la desaparición de su hijo Marún (se lo llevan las fuerzas carrancistas y murió supuestamente en Tlaxcalantongo), la torpe muerte de su joven esposa en un parto (los federales que custodian la casa, por haber escondido a un obispo en plena persecución contra los católicos, impiden cualquier ayuda), su inmediata huida de Huejutla y finalmente, cuando el fanatismo ha mermado, su vuelta a casa (que ha sido saqueada, gozando sus vecinos de sus enseres y muebles). Huidas, migrancias, exilios locales, en una siniestra correlación con la historia de Levante: “Hasta en eso de perseguir a los cristianos, México se parecía a Líbano bajo el dominio del gran turco”. Capítulo seguramente desconocido el de estas familias inmigrantes libanesas en el gran fresco histórico mexicano, la de seres marginales que se incluyen en la saga nacional desde el estigma de la violencia; pero que renacen cada vez desde el pasado y el porvenir. Casada su hija con un joven funcionario mexicano ligado al gobierno de los nuevos tiempos (en matrimonio religioso celebrado en casa, puesto que todavía los templos se mantenían cerrados, por precaución), este padre considera que su viaje geográfico ha culminado y alienta el viaje de regreso de las generacio-

nes venideras, emprendiendo él mismo un viaje regresivo y subliminal memorístico: son los recuerdos del abuelo, su legado simbólico.

La parte segunda, la más extensa del libro, incluye —en el caso del nieto, persona madura en busca de la infancia de los suyos— el peregrinaje por Siria (una semana, del 8 al 15 de julio), el destino de Líbano y luego la vuelta a Damasco pasando por Jordania, en un viaje que es anotado hasta una misteriosa fecha límite del 26 de julio. Y alternándose con los apuntes del viajero, una serie de estampas sobre Levante pintadas por el abuelo (en realidad, una voz comunitaria que nos otorga un repertorio de pequeñas historias y leyendas para que se fijen para siempre en nuestra memoria).

José y Alina aterrizan en Damasco, “única ciudad todavía viva mencionada en el Génesis”, alojándose en un hotel ruinoso y luego visitan Palmira, “la novia del desierto”, Homs, Hama (el poblado de las norias romanas), Alepo (con su ciudadela construida por los cruzados) y Latakía, ruta terrestre siria que los lleva a Líbano. Aquí, los lugares marcados en el diario de José son Trípoli, Beirut, Biblos y Baalbeck. La vuelta a Damasco se realiza cruzando Jordania, siguiendo la ruta de Akaka, Petra y Ammán. Las impresiones de este viaje con Líbano en Guerra Civil se alternan, en contrapunto, con estampas históricas y legendarias sobre esas ciudades y algunos relatos sobre persecuciones y matanzas más recientes.

El regreso a la cuna es vivido con repulsión y atracción. El personaje siente malestar e incomodidad en esos lugares, que se ven pobres, abandonados y fuera del curso normal de convivencia. Los cuartos apestan, los recorridos en buses y taxis son monótonos y en general condensan cierta hostilidad de esas gentes e incluso, indiferencia. José regresa a un paisaje contaminado, que mezcla sensaciones: “La ciudad (de Trípoli) huele a kerosene mezclado con grasa de carnero, tabaco y orines”. Existen celebraciones, ligadas a sabores (los dulces de *awameet*, el té *chail*) a sitios antiguos (son las remembranzas históricas) y a una mínima hospitalidad; pero son intermitentes y no logran difu-



Palacio de Bechir en Beit ed-Din

minar la decepción ante un espacio que ha perdido su aura.

Beirut es un espacio ocupado por la guerra: tiroteos, muertos en las calles, gentes encerradas en sus respectivos barrios. En la novela se comenta la situación de la guerra con gran cuidado, seleccionando datos que el lector va componiendo, logrando un esbozo. Por Miriam, mujer judía, entendemos que hay judíos viviendo en Líbano y a través de Ibrahim (de origen musulmán) la pareja de extranjeros logra entrar a Chatila, donde les gritan: “*Ibn skarmuta*, hijos de puta. *Haqkirin al amerikín*, americanos cabrones”. Es interesante rescatar la mirada antropológica de José de la casa que allí visitan, que ennoblece ese lugar, conformado —según se anota— por pocilgas construidas con materiales de deshecho, con llantas que sostienen los techos de cartón: “Pese a la pobreza, los muros están adornados con estampas que representan pasajes de la vida de Mahoma, allí están montando la yegua blanca Al-Borak, relámpago, que le dio el arcángel Gabriel —quien también aparece sobre su caballo Hiasun— para visitar los siete cielos y enfrentar las cosas más terribles antes de recibir la luz de la fulgurante presencia de Alá”.

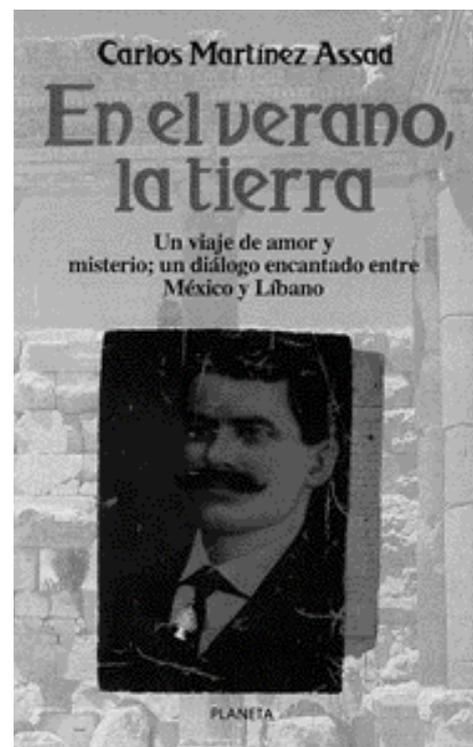
Frente a este panorama de 1975, se despliega un mosaico de historias (en la voz del abuelo, eco de la tradición) que recomponen a ese país en ruinas y a pesar de la decepción y el desamparo existencial de este viajero mexicano logran situarlo en la memoria americana. Es un compendio de relatos acotados (a modo de finas estampas, mosaicos), que registran la dimensión histórico-legendaria de Líbano y la región de Levante. Historias sabias y entretenidas, para ser acuñadas y volver a ser contadas y ampliadas en otros registros (poéticos, teológicos, históricos). En breves apartados (mosaicos de la memoria libanesa generados desde sus almas migrantes) aprendemos de los amoríos del dios Melquert y la ninfa Tyrus (que dan origen al color púrpura de los fenicios); de la leyenda de Bata, cuyo corazón está resguardado en el cedro; del enfrentamiento de san Jorge con el dragón que exigía el sacrificio de doncellas por el uso de las aguas en Beirut; de la emperatriz Zenobia de Palmira, que extendió su imperio desde el Bós-

foro hasta el Nilo; de los orígenes de Babel y de relatos emblemáticos sobre Beirut, Tiro y Baalbeck; de la familia de Mahoma, del templo de Jerusalem construido por Salomón con los cedros traídos de los bosques milenarios de Líbano; en fin, sobre los piratas del Mar Rojo asolando Levante, habiendo sido antiguos soldados que iban a rescatar el sepulcro de Cristo.

Y aprendemos, más recientemente, de las persecuciones religiosas, como la traición drusa hacia los libaneses católicos en 1860, la matanza de Antolia perpetrada por los turcos sobre el pueblo kurdo en 1930 (esa historia terrible dispuesta bellamente en un largo párrafo, de la bella rubia kurda que vivió la desaparición de su marido, quien luego de treinta años logra finalmente volver a reunirse con ella); además de presentarse leyendas e historias verídicas sobre las luchas de independencia del yugo turco: el sacrificio de la cristiana Faride, la celebración del héroe José Bey Karam, de validez transhistórica.

Existe una tensión constante en la novela entre estas dos voces: la de la tradición, que mantiene el aura, y la actual, que contempla su pérdida. No obstante, teniendo en cuenta el conjunto, consideramos que la voz de la tradición logra generar una matriz de sentido, que sostiene la experiencia del presente y del porvenir. Red de historias, seno materno, cordón umbilical sostenido finalmente, en el revés del viaje, por la escucha, la rememoración y la escritura.

La parte tercera es, en realidad, un epílogo: José acaba de despertar, convaleciendo de una alta fiebre, habiendo partido Alina de vuelta a Beirut, para cumplir una misión política como miembro de una organización (¿clandestina?) que convocaba a la convivencia multirreligiosa. El viaje ha terminado para José (no para Alina que morirá de un balazo en la cabeza en el barrio de Furn-el-Chebbak). La utopía de paz se consume, quedando el personaje a la deriva nuevamente devuelto al aeropuerto de Orly, para gozar del fin del verano. No hay ironía; sólo nostalgia y una sensación de pérdida y derrota. Alina es un ideal y se ha esfumado; sólo quedan las historias del abuelo (y México que espera como ancla).



La novela incluye al final unos agradecimientos del autor a su madre Carlota (que le legó las historias del abuelo Salvador), a su padre Samuel, “por que dio fe de los hechos” y a las familias de raíz libanesa en México. Novela autobiográfica, en la cual el personaje y el autor comparten ciertos rasgos comunes, es un ejercicio de identidad que une vida y literatura, y que comprende la patria chica de la comunidad libanesa en América. Inmediatamente detrás de las dos voces del texto (de los dos José), aparece un tercer personaje convocado: el que compuso, combinó e incluyó sus dudas, temores e ilusiones en un texto ofrecido como un puente entre culturas. Nueve años después, en 2003, aparece *Memoria de Líbano*, libro de viajes de Carlos Martínez Assad, en el cual se nos relata en primera persona su primera visita a Líbano de 1975 (la de la novela) y luego su segundo viaje, de 1998. Es como si el escritor necesitara pasar nuevamente no sólo a nivel físico por esos parajes; sino a través de otro ejercicio de escritura en esta experiencia inagotable del rescate en espiral de lo humano y lo divino depositados en el corazón de Bata en esos bosques genésicos. ▮

Carlos Martínez Assad, *En el verano, la tierra*, Editorial Planeta, México, 1994, 1997, 152 pp.